

A2_15

Levante Almeriense

Identificación

Localización. Justificación del ámbito.

La denominación de Levante Almeriense hace referencia a la zona nororiental del litoral de la provincia de Almería, un ámbito orográficamente complejo, marcado por el desarrollo de una accidentada línea de costa que enlaza con sierras béticas desarrolladas hacia el interior, que conservan su carácter litoral hasta altitudes de unos 300-500 msnm.

La delimitación del área paisajística es meridiana hacia el norte –constituida por el límite autonómico entre Andalucía y Murcia– y hacia el este –definida por la frontera acuática natural que representa el mar Mediterráneo–. Más compleja y artificial resulta hacia el sur y oeste, siendo criterios tanto físicos como de funcionalidad territorial los que permiten establecer los siguientes límites: en el primer caso, el Levante se prolonga hasta las divisorias de los municipios de Turre y Mojácar con Carboneras y Sorbas –en el nudo montañoso que constituye Sierra Cabrera–, ya que los primeros están más relacionados con la realidad comarcal identificativa del Levante, polarizada en este caso en torno a los términos principales de Cuevas del Almanzora y Huércal Overa; hacia el interior, las estribaciones orientales de las distintas sierras que constituyen el trasfondo orográfico de esta franja litoral (Almagro, Bédar y de la Atalaya) conforman una divisoria difusa relacionada con su exposición a la influencia marina en los términos municipales de Huércal Overa, Antas y Bédar. El resto de términos municipales integrantes del área son Pulpí, Vera, Garrucha y Los Gallardos.

La organización interna de esta área se estructura en torno a dos elementos principales, como son la red hidrográfica (ríos Aguas, Antas y, sobre todo, Almanzora) y los núcleos de poblamiento principales. Los valles de los ríos han permitido el desarrollo de áreas agrícolas de gran tradición, que han servido de acicate para la fijación de población. Las laderas de las sierras litorales, por el contrario, representan espacios naturales donde la vegetación de corte semiárido es protagonista. Aunque este sector ha estado históricamente poco poblado, la modernización de la agricultura y el desarrollo del turismo de sol y playa ha permitido el crecimiento tanto de los núcleos históricos del interior, que constituyen en la actualidad destacadas agrocidades (Huércal Overa, Cuevas del Almanzora), como de los pequeños pueblos tradicionales de la costa, hoy convertidos en centros urbanos turísticos de primer orden (Vera, Garrucha, Mojácar).

La cuenca del río Almanzora como principal unidad física de esta área, se configura en la zona montañosa más oriental de Almería, en este caso en las estribaciones litorales de las sierras de Almagro, Almagrera y de la Atalaya. Se trata de una zona de baja-media montaña de compleja topografía, aunque progresivamente menos accidentada hacia la costa. En su seno, se desarrollan tipos paisajísticos rurales, tanto de orientación agrícola como de dominante natural, y otros de carácter urbano relacionados con las localidades que son cabeceras de los términos municipales de Cuevas del Almanzora, Huércal Overa y Pulpí. Los dos primeros concentran la mayor parte del poblamiento de la cuenca, la más poblada de toda el área, siendo escasos los núcleos secundarios de carácter rural, entre los que merece la pena destacar los interiores de El Saltador, Santa Bárbara o Guazamara, y los situados en primera línea de costa de Palomares, Villaricos, San Juan de los Terreros y Pozo del Esparto.

Esta red de municipios se estructura en torno a la A-7 y la AP-7 como principales arterias de comunicación que de suroeste a noreste atraviesan la unidad, así como en relación a otras vías autonómicas de importancia, especialmente la A-350 (Huércal Overa-San Juan de los Terreros), la A-327 (Huércal Overa-Vélez Rubio) y la A-332 (Cuevas del Almanzora-San Juan de los Terreros). Asimismo, cabe destacar la red viaria Águilas-Pulpí-Murcia, que atraviesa el extremo noreste.



A2_15

Levante Almeriense



Foto 398: Panorámica de Mojácar, con Sierra Cabrera en el horizonte hacia el interior. La localidad es uno de los centros socioeconómicos más importantes del Levante por el desarrollo del turismo en las últimas décadas, mientras que el macizo es representativo del medio físico de estas tierras y soporte de una próspera actividad minera en el pasado.

Autor: Ricardo Aussó Burguete.

La cuenca del río Antas, al sur de la anterior, es la de menor extensión y la menos poblada. Se desarrolla en una zona alomada de relieve difuso en las estribaciones litorales de las vertientes y piedemontes orientales de las sierras de Bédar y Lisbona, donde el clima y el tipo de sustratos contribuyen al carácter caótico de la red hídrica. Sustenta un territorio marcado por espacios agrícolas difusos en las zonas topográficas más favorables – esencialmente en la llanura aluvial del río– y por coberturas naturales en los espacios serranos donde predominan formaciones vegetales abiertas de carácter semiárido-árido. Los términos municipales que aparecen en este sector son los de Garrucha, Vera y Antas, destacando la periurbanización y rururbanización de extensas zonas en los dos primeros municipios, destinada al turismo vacacional, que es especialmente relevante en la franja costera más próxima al mar; solo la configuración rocosa de esta costa ha condicionado un mayor desarrollo urbano en las últimas décadas.

Junto a la A-7 y AP-7, cabe destacar las carreteras autonómicas A-370 (Garrucha-Los Gallardos), A-1200 (Vera-Garrucha), A-1202 (El Real-A-7) y A-352 (Vera-Cuevas del Almanzora) como principales ejes estructurantes del territorio; destaca, por lo demás, el puerto pesquero y comercial de Garrucha.

Por último, la cuenca más meridional, la del río Aguas, conformada entre los relieves de las sierras de Cabrera, Bédar y de la Atalaya, presenta una estructura territorial similar a las anteriores, es decir, marcada por puntuales tierras agrícolas en un medio de dominante natural de tipo estepario mediterráneo. La cuenca está integrada por los términos municipales de Bédar, Los Gallardos, Turre y Mojácar. Junto a las localidades que ejercen de cabecera municipal, se desarrollan otros núcleos de tipo rural de escasa relevancia, lo que permite cualificar al poblamiento de la cuenca como de elevada concentración en una red de asentamientos aislada. Sin embargo, sí hay que destacar que la costa de Mojácar aparece muy urbanizada por el protagonismo que el turismo tiene en esta zona de la comarca; así, el pueblo tradicional, situado algo al interior, representa una mínima parte de la trama edificatoria del término.

Junto a esta polarización costera del poblamiento de Mojácar, que ha motivado la creación desde la A-7 de una variante de comunicación a lo largo de dicha franja litoral, las restantes localidades no presentan una distribución territorial relacionada con las arterias viarias principales, la A-7 y la autonómica A-370 de nuevo, y aunque quedan convenientemente interconectadas entre sí y con las antedichas carreteras, lo hacen a través de una red de carácter comarcal y local, que además resulta muy difusa en las zonas más montañosas, especialmente hacia el extremo sur.

Caracterización

Fundamentos y componentes básicos del paisaje

Roquedo

La accidentada orografía del Levante Almeriense contribuye a la acusada diversidad litológica de este territorio, a partir de los materiales estructurales que forman las sierras béticas consideradas y de aquellos otros de tipo sedimentario que se han depositado en las zonas llanas y deprimidas al pie de los macizos y en el fondo de las cuencas de los ríos.

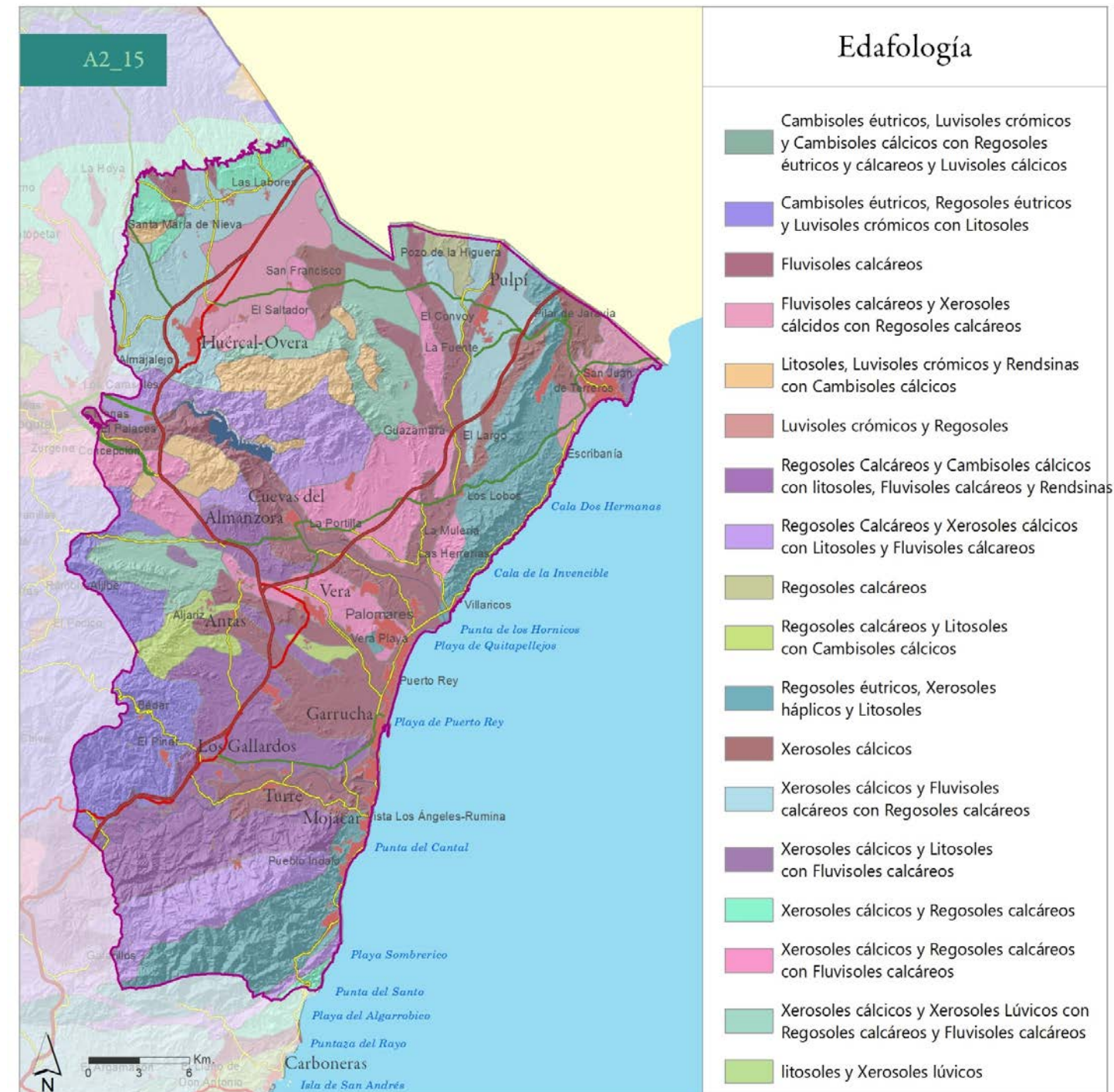
Los materiales que prevalecen en las sierras son silíceos, mármoles y calizas metamórficas. Los primeros están constituidos por micaesquistos, filitas y areniscas, y aparecen fundamentalmente en los macizos de Cabrera y Almagrera, además de en otros pequeños afloramientos dispersos por todo el ámbito. Las calizas metamórficas se presentan masivamente en Sierra de Almagro, en la Sierra del Aguilón y puntualmente en Sierra Cabrera. Las rocas marmóreas se concentran básicamente en el complejo montañoso que forman las sierras de Bédar, la Atalaya y Lisbona, si bien en éstas la aparición frecuente de otros roquedos, como calcarenitas, micaesquistos, conglomerados, gabros, dioritas, etc., permite hablar de un mosaico litológico de elevada complejidad.

Los roquedos sedimentarios son principalmente arenas, arcillas, gravas y cantos, y, junto a los fondos de los valles de los ríos Almanzora, Antas y Aguas, predominan en las tierras llanas que aparecen en torno a las localidades de Huércal Overa (especialmente hacia el norte), Pulpí y Vera; la localización de estos pueblos atiende precisamente al factor litológico y, en consecuencia, edáfico, tal y como también sucede en los valles principales. Otros materiales predominantemente sedimentarios afloran en sectores irregularmente distribuidos por todo el ámbito, con distinta significación espacial, aunque coinciden en general con zonas de acumulación en los piedemontes de las sierras; se trata de calcarenitas, arenas y margas, y, más localmente, conglomerados, arenas y lutitas, con incrustaciones de calizas en ambos casos.

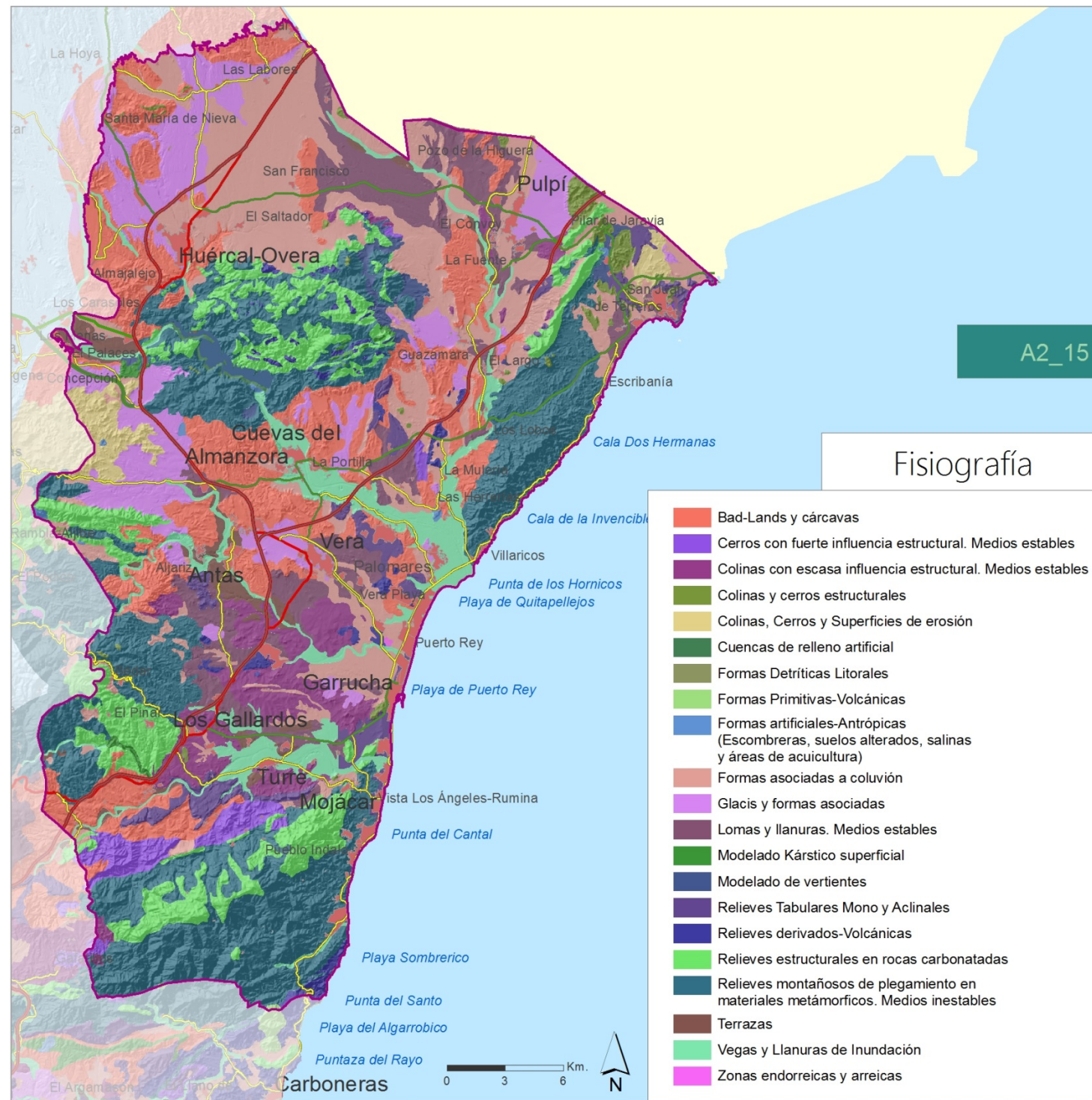
Suelos

El Levante Almeriense se caracteriza por una gama de suelos muy heterogénea relacionada con la marcada diversidad de los roquedos que componen la base litológica de la unidad. Sin embargo, en este caso, no hay patrones bien definidos que permitan correlacionar de manera general los tipos edáficos con los materiales geológicos a partir de los que se han formado. Ello se explica en gran medida por la paleoevolución climática y vegetal tan particular de este sector del Mediterráneo occidental, que ha conllevado el predominio de sistemas edafogenéticos y fitocenosis de tipo árido a semiárido, al menos durante gran parte del Holoceno, que se convierten en los factores directrices de los suelos en mayor medida que el tipo de sustrato geológico.

En cualquier caso, en los macizos montañosos del Levante predominan regosoles calcáreos y eútricos, cambisoles y xerosoles cálcicos y litosoles; estos tipos derivan a variedades más arcillosas en los piedemontes y zonas de acumulación sedimentaria no aluvial, que se pueden asimilar en cierta medida con vertisoles de génesis en medios de acusada sequedad, siendo también relativamente frecuentes otros tipos como xerosoles háplicos y lúvicos. En general, son suelos de muy variables características ya que, además de los factores ya señalados, hay que considerar otros como la pendiente, la orientación e incluso el uso ancestral que el hombre haya hecho de ellos, lo que, en su conjunto ayuda a explicar su mayor o menor pedregosidad, el grado de madurez de sus horizontes – tanto en número como en profundidad– y la distintiva capacidad que tienen para acoger una explotación biológica concreta, en este caso poco favorecida por las particulares condiciones climáticas. Se puede concluir que sólo en las posiciones topográficamente



más favorecidas los suelos son profundos y gozan una fertilidad aprovechable desde el punto de vista de su explotación antrópica. En los sectores aluviales, los fluvisoles predominantes sí presentan un patrón de distribución bien definido, coincidente con los fondos de las cuencas hídricas principales; de este modo, estos suelos aparecen masivamente en los cauces actuales, vegas de inundación y terrazas fósiles de los ríos Almanzora, Aguas y Antas. Las texturas finas areno-limosas que prevalecen en estas condiciones permiten un buen desarrollo edáfico y, como consecuencia de ello, el uso agrícola del suelo, especialmente allí donde la disponibilidad de agua de manera natural es mayor.



Fisiografía

Relieve, litología y sistemas morfoclimáticos se conjugan para hacer del Levante Almeriense un ámbito complejo desde el punto de vista fisiográfico, lo que sin duda tiene consecuencias muy claras en las coberturas naturales y usos del suelo antrópicos, lo que se refleja, de manera acorde, en la configuración del paisaje. De hecho, sólo se puede destacar tres ámbitos principales en los que la morfología es relativamente homogénea; se trata de las sierras de Cabrera, al sur, y Almagrer y de los Pinos, al noreste, donde la

tipología fisiográfica corresponde a relieves montañosos de plegamiento en materiales metamórficos (medios inestables), y al entorno septentrional de Huércal Overa, donde predominan formas asociadas a coluvión y unidades de glacis.

En cualquier caso, se puede identificar una pauta en la organización general de las formas fisiográficas del Levante Almeriense a partir del tipo de relieve y de las consecuencias que en éste ha tenido la evolución morfoclimática holocena en relación a la base litológica general. De este modo, las restantes zonas de sierra litoral se caracterizan también por la aparición de la tipología relieves estructurales en medios carbonatados, que forma un mosaico fisiográfico conjunto con los relieves montañosos de plegamiento en materiales metamórficos (que sólo es más definido en los macizos antes señalados), con la aparición puntual de lomas y colinas.

La acción erosiva en las áreas de montaña define que la zona pedemontana se caracterice por glacis, lomas, llanuras, colinas y formas asociadas a coluvión, unidades generadas a partir de los materiales más duros, y por *bad-lands*, cárcavas y otras formas coluviales en los sustratos más deleznable. Por último, cabe citar la formación de vegas y llanuras de inundación allí donde la dinámica morfológica fluvial es o ha sido principal,

esencialmente en torno a los cauces de los ríos Aguas, Antas y, sobre todo, Almanzora.

Climatología

El mesoclima mediterráneo propio del Levante Almeriense se caracteriza por su carácter suave, templado y por una acusada indigencia pluviométrica y una elevada insolación anual. Su desarrollo en un ámbito a sotavento de la circulación zonal del W y la escasa repercusión climática de los vientos mediterráneos, a pesar de que se trata de una zona muy abierta al este, explica estas generalidades, y define además que el clima presente una moderada oceanidad en su conjunto, sólo más acusada en la franja de tierra en contacto con el mar, alcanzándose una progresiva mayor continentalidad hacia el interior y en los relieves más elevados. Los registros térmicos medios anuales de temperatura están comprendidos entre 15°C y 18°C de acuerdo con la gradación altitudinal del ámbito. Los promedios de las máximas oscilan entre 19,5°C y 24°C, y las mínimas entre 11°C y 14°C. Los valores estivales son moderadamente altos, especialmente en episodios de vientos intensos del W cuando, debido al efecto Foehn, las máximas franquean los 40°C, mientras que los inviernos son poco rigurosos como consecuencia de la influencia atemperadora del cercano Mediterráneo, y sólo se registran débiles heladas en zonas altas del interior. Es un clima marcado por una baja pluviometría debido a la posición marginal de sus tierras respecto al frente polar, quedando la mayor parte de su ámbito en torno a 200-350 mm/año, y solo en las sierras más elevadas y expuestas al este la precipitación anual supera ligeramente los 400 mm. El régimen pluvial presenta un máximo absoluto otoñal, de tipo torrencial, un mínimo secundario durante el invierno consecuencia de la escasa influencia de las borrascas atlánticas durante esta época que suman a la fuerte e inequívoca sequedad estival mediterránea.

Hidrografía

La red hidrográfica del Levante Almeriense se organiza en torno a dos subcuencas hidricas principales, las de los ríos Almanzora y Aguas, integrantes de la cuenca Sur y, por tanto, de drenaje en el Mediterráneo. En el caso del río Antas, el otro cauce de cierta importancia del Levante, se considera perteneciente a la subcuenca del Almanzora. Son cauces en general de aguas muy irregulares, que fluyen en muchos casos únicamente de manera subsuperficial, aunque sometidos a un marcado régimen torrencial desencadenante de importantes avenidas. La cuenca del Almanzora es en torno a la que se estructura el territorio del centro y mitad norte del Levante, estando situados muy próximos al cauce del río o en su llanura aluvial los dos principales núcleos urbanos de la comarca, Cueva del Almanzora y Huércal Overa. En su seno se desarrolla el embalse de Cueva del Almanzora, de 168 hm³ de capacidad y un área inundable de 526 hectáreas; es una infraestructura hídrica que resulta de vital importancia para su entorno ya que provee de recursos hídricos para el riego, el abastecimiento y la obtención de electricidad.

La subcuenca del río Aguas ocupa el tercio sur del ámbito, acogiendo los núcleos principales de Bédar, Los Gallardos, Turre y Mojácar, desarrollados desde el interior hacia el mar –de oeste a este– en el sentido en el que discurre el valle principal. El río, de similares características hidrológicas a los anteriores, tiene su origen en los relieves litorales y prelitorales de Alhamilla, Bédar y Cabrera.

Unidades fisionómicas

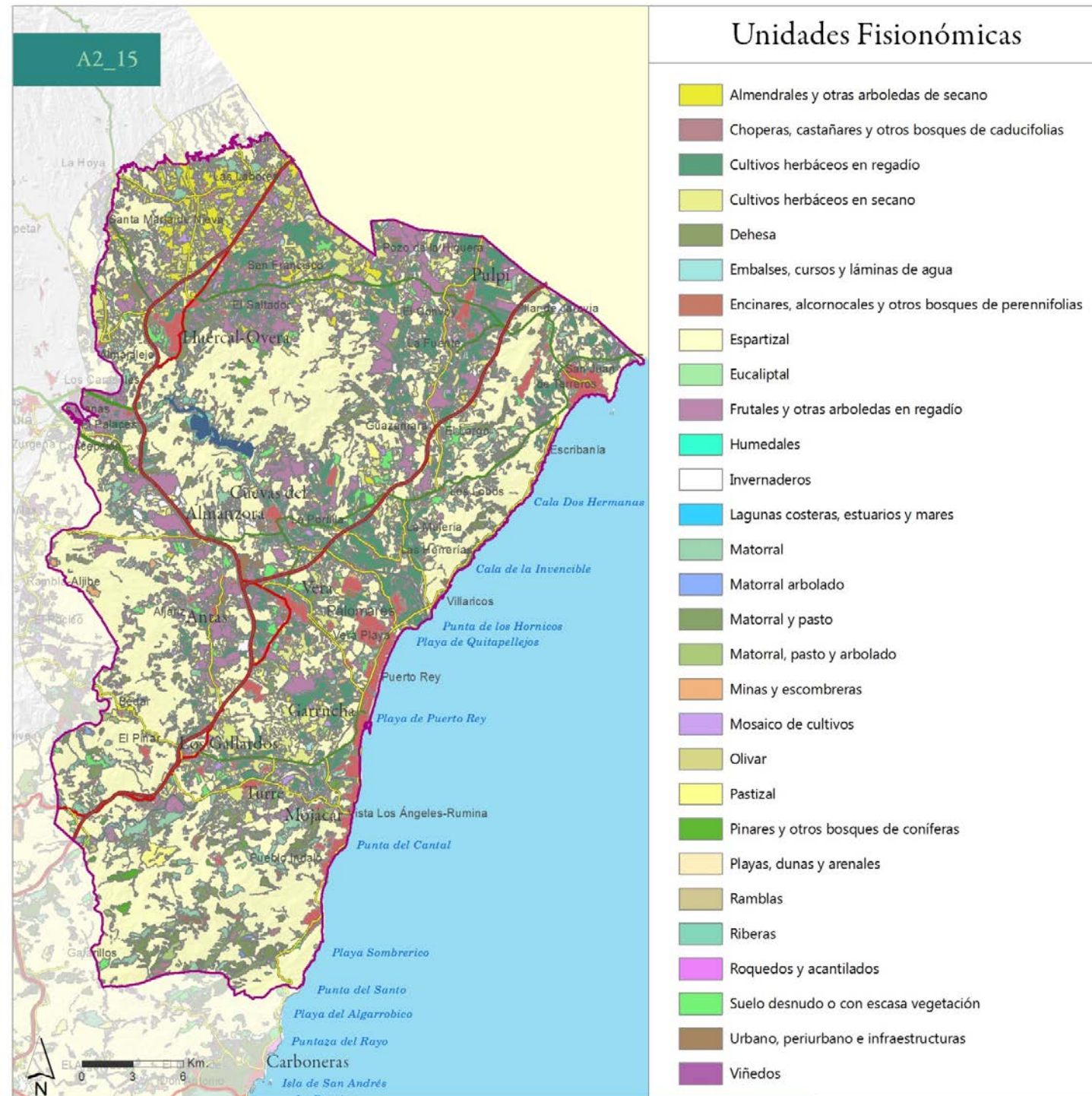
Desde el punto de vista fisionómico, el Levante Almeriense es un espacio ciertamente complejo acorde a su accidentado relieve, a la diversidad de la base litológica y a la decidida intervención humana en el medio, circunstancias que han distorsionado en mayor o menor medida las estructuras naturales originales. De este modo, el mosaico de usos del suelo resultante caracteriza dos realidades paisajísticas relativamente diferenciadas: los ámbitos de sierra, donde las coberturas vegetales son predominantes y existe una mayor homogeneidad, frente a los espacios topográficamente más favorables donde la huella humana provee un espacio de elevada heterogeneidad marcado por la atomización de usos del suelo de todo tipo (naturales, agrícolas y urbanos).

En primer lugar, las ocupaciones naturales de las sierras litorales del Levante Almeriense presentan la particularidad de la ausencia de masas arboladas como consecuencia del ambiente árido-semiárido dominante, favorecedor de maquias herbáceas y arbustivas de matorral, aunque también fruto de la deforestación de los bosques que, puntualmente, ocupaban hasta la Edad Media las vertientes más húmedas. La unidad fisionómica predominante es el matorral denso (que reúne una serie de formaciones heliófilas mediterráneas así como los espartizales), principal cobertura de las sierras de Almagro, Almagrera, Bédar y La Atalaya; aunque en éstas, los matorrales dispersos también son frecuentes, su extensión es notablemente inferior, lo que no sucede en la meridional Sierra de Cabrera, donde hay mayor equilibrio entre ambas tipologías fisionómicas. La tercera gran ocupación natural viene dada por espacios abiertos con escasa vegetación, cuya significación en el conjunto geográfico del Levante es discontinua, desarrollándose básicamente en los sectores donde morfología, clima y suelos impiden coberturas vegetales de mediana o elevada densidad, como son los ambientes de cárcavas y *bad-lands*, las vertientes serranas de mayor pendiente u otros enclaves sometidos a distintos procesos erosivos de génesis antrópica (áreas cultivadas abandonadas, roturaciones, zonas quemadas, etc.).

Otros usos naturales más dispersos, pero que contribuyen localmente a la heterogeneidad visual del paisaje, corresponden a diversos elementos abióticos, como playas, dunas y arenales, los ríos y demás cauces (donde destacan las ramblas de cantos) o los roquedos y áreas de cumbres (acantilados costeros esencialmente).

Los espacios más llanos, donde las pendientes permiten el desarrollo de la agricultura y los asentamientos humanos, componen un confuso mosaico de usos del suelo donde además de las predominantes coberturas naturales marginales hay

que considerar la aparición de otras principales que también son directrices de la fisionomía del paisaje. En primer lugar, los usos agrícolas alcanzan una importante relevancia en todo el sector, pero especialmente en las depresiones de Huércal Overa, Cuevas del Almanzora, Pulpí y Antas, así como en las cuencas de los ríos Almanzora, Aguas y Antas. Los tipos fisionómicos que prevalecen son cultivos herbáceos en secano, cultivos leñosos en regadío, cultivos leñosos en secano e invernaderos y cultivos bajo plástico; mucho más puntuales son los cultivos herbáceos en regadío, además de una serie de mosaicos agrícolas allí donde la vocación del suelo permite incorporar varios tipos de cultivos y de sistemas de producción. Además, la mezcla de las dispersas coberturas naturales con las agrícolas es un hecho, lo que favorece otros mosaicos de vegetación y cultivos, representativos de un uso del suelo particular frecuente en todo el Levante. En las sierras, las ocupaciones agrícolas se limitan a puntuales cultivos de secano.



Junto a los usos del suelo agrícolas, las ocupaciones de tipo urbano también son protagonistas del paisaje fuera de los ámbitos montañosos. Las tipologías predominantes corresponden a los suelos artificiales asociados a áreas urbanas y residenciales, tanto de tipo concentrado como periurbano y rururbano, junto a espacios industriales, de servicios, de ocio y recreo, zonas verdes urbanas y otros sectores en construcción, además de la densa red viaria que vertebra el territorio, ocupaciones que en su conjunto se relacionan con el desarrollo socioeconómico y crecimiento demográfico del Levante en las últimas décadas.

Tamaño de parcela

Las distintas unidades morfo-lito-edáficas que aparecen en el Levante y el diverso aprovechamiento humano de su territorio, relacionado con las características de éstas, son las circunstancias definitorias de una gama de usos del suelo de gran heterogeneidad y, como consecuencia de ello, son los factores que dirigen el tipo de parcelario en cuanto a sus dimensiones se refiere.

Se mantiene la dinámica general del litoral de unas mayores parcelas en las sierras cercanas a la costa, en este caso en los macizos de Almagrera, Cabrera, Bédar-La Atalaya y Almagro como principales, donde la titularidad municipal del suelo –se trata en su mayoría de montes públicos– determina un parcelario en general por encima de 50 hectáreas, si bien hay que señalar que las fincas de más de 250 has. tampoco son frecuentes. Se trata de espacios donde el predominio de coberturas naturales y la destacada ausencia de usos del suelo antrópicos desarrollados de manera masiva explica el carácter del parcelario. Solo allí donde las pendientes son menores, coincidiendo con pequeños valles y depresiones intramontañosas y con los sectores de piedemonte, se configura una trama más fragmentada, con tamaños de 5 a 40 has. que, en cualquier caso, es poco representativa de este sector montañoso.

Los espacios más humanizados, que coinciden a grandes rasgos con las tierras aluviales de los ríos Aguas, Antas y Almanzora y, en general, con toda la franja costera, presentan un parcelario marcado por una mayor atomización en relación a la multiplicidad de usos del suelo –de tipo agrícola, urbano, industrial, para infraestructuras e, incluso, natural– que acogen, si bien la fragmentación de la propiedad es mucho menor que en otras zonas litorales de Andalucía, como por ejemplo en la Costa del Sol o el Campo de Dalías. En estos sectores predominan las parcelas de menos de 50 has., si bien cabe separar las zonas urbanas de las agrícolas. Las primeras, especialmente si consideramos las áreas de vocación turística de mayor dinamismo, representan los únicos espacios donde hay una acusada microparcelación, es decir, las dimensiones de las parcelas quedan por debajo de 10 has. e, incluso, entre 3 y 0,5 has., si bien en el conjunto del Levante representan una mínima parte del total.

Por su parte, las tierras agrícolas de vegas y depresiones aluviales, aunque también gozan de una mayor división respecto a lo que acontece en las zonas de sierra, las parcelas son algo mayores, de tamaño medio –de 10 a 50 has.–, siendo escasas tanto la pequeña propiedad como los latifundios mayores. El tipo de agricultura moderna que aquí se desarrolla, de tipo intensivo, explica estas dimensiones del parcelario. Por último, cabe señalar que en los últimos años se está asistiendo a una mayor fragmentación del mismo tanto por la progresiva puesta en cultivo de nuevas tierras de regadío como por la proliferación de invernaderos.

Actividades económicas

La antigüedad del poblamiento humano en el Levante Almeriense conlleva una

relación indisoluble con el aprovechamiento de los recursos naturales para la supervivencia de los pueblos paleolíticos y, posteriormente, con la agricultura y ganadería como base productiva de las sociedades neolíticas. El fuerte crecimiento poblacional que se produjo a raíz de la Edad del Bronce en relación con el desarrollo de la cultura del Argar y el posterior asentamiento de fenicios, cartagineses y romanos, que desarrollaron enormemente el comercio de minerales, configuran un paisaje rural de base económica primaria; la huella musulmana terminó de dotarlo con una identidad propia basada en la agricultura y en la cultura del agua. Tras la inestabilidad bélica de finales del siglo XV, y el periodo de crisis y atraso de los medios rurales en los siglos XVI y XVII, hay que esperar a finales del siglo XVIII para encontrar una actividad económica principal: la minería. Sobre esta base productiva se produjo el desarrollo económico, cultural y social de la comarca, con explotaciones en Rodalquilar, Sierra Almagrera, Sierra del Aguilón y Sierra de Bédar. La posterior crisis de la minería produjo una sangría demográfica sin igual, lo que provocó que el sector agrícola fuese, como en siglos anteriores, el principal pilar de la economía. El papel actual de las tareas extractivas es marginal, quedando limitado a la explotación de áridos y arenas para los sectores de la construcción y agricultura (enarenados) respectivamente.

Tras varias décadas de profunda crisis, desde finales del siglo XX hasta la actualidad, el Levante Almeriense ha experimentado un proceso de reactivación demográfica y económica basado en la agricultura intensiva en regadío –incluso bajo plástico – y el desarrollo turístico de determinadas franjas costeras, que a su vez han potenciado los sectores de la construcción y de los servicios. La agricultura se caracteriza por un parcelario de tamaño medio, con explotaciones en su mayoría de carácter familiar que componen una base social importante.

Los cítricos y los herbáceos en regadío son la base de la actividad, lo que ha deparado en las últimas décadas un aumento incesante de las tierras irrigadas. Destaca la progresi-

va aplicación de innovaciones tecnológicas en los sistemas agrícolas de regadío, lo que ha favorecido unos rendimientos cada vez mayores y una menor dependencia de las condiciones ambientales. Los campos de secano son marginales en la actualidad, como también sucede con los almendrales, que ocupan ciertos piedemontes y laderas serranas, siendo el entorno de los pueblos donde la diversidad de cultivos es mayor (olivar, vid, cereal).

La pesca, aunque menos importante, se define como multiespecífica, lo cual ha supuesto un problema para la aplicación de la política pesquera comunitaria en materia de recursos, pues la heterogeneidad dificulta la aplicación de modelos teóricos y el tratamiento unitario de los problemas. La ganadería, también secundaria, se basa en el sector porcino, con menor relevancia de las cabañas de ovino y caprino.

Frente a la importancia del sector primario, el secundario es muy escaso, incluso las industrias agroalimentarias y las empresas prestadoras de servicios avanzados. El tejido empresarial, en cualquier caso, se caracteriza por el predominio de pequeños negocios de carácter familiar, con bajo nivel tecnológico y de competitividad. La salvedad la representa el sector de la construcción, relacionado con el desarrollo de infraestructuras hoteleras y de apartamentos para cubrir la demanda turística.

Asociado a la agricultura y turismo, el sector servicios es el otro gran pilar de la economía del Levante Almeriense. Se compone de un tejido empresarial caracterizado por el pequeño comercio local y por multinacionales de servicios orientados a la oferta de alojamientos y restauración, con una incipiente diversificación gracias a la aparición de empresas de turismo rural y alternativo, que gozan de gran potencial de desarrollo en la comarca.



Foto 399: La agricultura de regadío es, junto al turismo de sol y playa, el motor de la economía del Levante Almeriense en la actualidad. En la imagen, un campo de cítricos en el entorno rural de Huércal Overa. Autor: Ricardo Aussó Burguete.

Elementos arquitectónicos y patrimoniales singulares

La sucesión y confrontación de civilizaciones en este territorio ha generado una serie de elementos arquitectónicos singulares que forman parte del paisaje, que en muchos casos se convierten en hitos de referencia para su observación, destacando aquellos de corte defensivo como torres, torretas y castillos. Sobresalen en este sentido el Cerro de la Torre en Antas, el Castillico de Bédar, los castillos de San Andrés y Mesa Roldán y la Torre del Rayo en Carboneras, la Torre de la Atalaya y el castillo del Marqués de los Vélez en Cuevas del Almanzora, el castillo de las Escobetas en Garrucha, los castillos de Santa Bárbara y Úrcal y la torre El Torreón en Huércal Overa, la torre Cabrera en Turre, el castillo de San Juan de los Terreros en Pulpí y el castillo de Macenas y la torre Atalaya del Peñón en Mojácar.

Además, hay que considerar otra serie de edificios singulares más modernos de orden religioso, integrantes del patrimonio del Levante Almeriense, como son las iglesias de la Encarnación en Cuevas del Almanzora, de la Asunción en Huércal Overa, de Santa María en Mojácar, de San Miguel Arcángel en Pulpí, de la Purísima Concepción en Turre y de Nuestra Señora de la Encarnación en Vera; otros edificios destacados son la Casa Fuentes y los cortijos de la Palmerosa y de la rambla del Corral en Carboneras, y la Casa Gerencia de Chábarri en Mojácar. Frecuente es, asimismo, el patrimonio relacionado con la agricultura y su hábitat asociado, destacando elementos como cortijos, eras, pedrizas y muros de piedra seca, acequias, norias y boqueras de riego, bancales, aljibes y acueductos, molinos, almazaras, etc.

Asociado al poblamiento antiguo referido al principio, también se ha desarrollado en el Levante Almeriense una minería desde finales del Neolítico en base a la riqueza del subsuelo en determinadas sierras litorales, dentro del proceso general de aprovechamiento del mineral que afectó a toda el territorio del sureste ibérico. Desde la protohistoria y, posteriormente con las colonizaciones antiguas, la riqueza de los metales de este sector motivó que participase en los circuitos comerciales del Mediterráneo antiguo. Por su parte, la minería moderna, tras el relativo letargo medieval, se desarrolló esencialmente en las sierras de Cabrera (hierro), de Bédar (hierro, plomo), de Almagro (hierro) y, esencialmente, en Sierra Almagrera y relieves cercanos (hierro), donde además se desarrollaron distintos centros metalúrgicos para la fundición de los metales entre Mojácar y Villaricos. Este ámbito, más que ningún otro en la comarca, presenta un paisaje actual notablemente relacionado con la minería, siendo numerosas las evidencias patrimoniales identificativas del mismo, más allá de los propios yacimientos en la roca y las acumulaciones de escorias asociadas, entre las destacan los siguientes elementos:

- Aldeas mineras o edificios aislados dedicados en su momento tanto a viviendas de los trabajadores como a acoger diversas infraestructuras y maquinaria desarrolladas a pie de mina. Sobresalen el poblado minero del Pinar y la estación de carga de Tres Amigos en Bédar; los molinos de agua del Argamasón y del Tío Cervantes en Carboneras; el conjunto de máquina de vapor fija de extracción minera, el coto minero en Las Herrerías, las minas de los Tres Pacos y del Barranco Francés, las instalaciones mineras del poblado del Ardeal, el despoblado de Almizaraque y el túnel del ferrocarril Las Herrerías-Villaricos, todos ellos en Cuevas del Almanzora; el despoblado de Belmonte y la estación de descarga y embarcadero del ferrocarril minero Bédar-Garrucha en Mojácar; la mina de Jaravía en Pulpí; la vía minera y estación de descarga de la Cala de las Conchas en Cuevas del Almanzora.
- Fundiciones para el tratamiento del mineral, entre las que sobresalen las de Cuevas del Almanzora (San Francisco, Dolores, Encarnación, La Invencible, San Javier, El Tarahal, etc.), de Garrucha (San Ramón) o de Vera (San Jacinto), todas ellas incluidas dentro del patrimonio histórico andaluz.



Foto 400: Restos del puente metálico por el que se cargaba el mineral en el complejo minero de la Cala de las Conchas (Villaricos), construido por la Compañía Argentífera de Almagrera en el siglo XIX. Autor: José A. Olmedo Cobo.

- Otros elementos patrimoniales a destacar son chimeneas, hornos, acueductos (entre los que destaca el de Antas), galerías de condensación, estaciones de descarga, embarcaderos metálicos, etc.

No hay que olvidar, además, que la actividad minera, favorecedora del desarrollo de la comarca en el siglo XIX, benefició la modernización y expansión del sistema de infraestructuras territoriales, especialmente de las vías de comunicación por carretera y el ferrocarril, que en muchos casos se construyeron para el transporte del mineral (aunque las vías férreas, en su mayoría, han sido abandonadas).



Foto 401: La huella de la minería desarrollada a lo largo del siglo XIX en las sierras litorales es una constante en el paisaje del Levante Almeriense. En la instantánea, chimenea de los hornos de desplatación de la Fundación "La Nueva", cercana a Villaricos, dentro del término municipal de Cuevas del Almanzora. Autor: Ricardo Aussó Burguete.

Manifestaciones culturales

Las fiestas, tradiciones y costumbres, junto a la cultura del agua, son las manifestaciones culturales más destacadas en el Levante Almeriense. En el primer caso, todas las localidades ofrecen un amplio abanico de celebraciones entre las que destacan el Día de la Vieja, que siempre coincide con el jueves que parte la Cuaresma por la mitad, a veinte días del Jueves Santo, y en el que niños, jóvenes y mayores organizan un día de merienda en el campo que culmina con el "partir la Vieja", un muñeco de trapo al que se le lanzan piedras hasta que se desprenden las golosinas y dulces que guarda en su cabeza de trapo. Los carnavales de febrero de las localidades de Cuevas del Almanzora y Huércal Overa están incluidos en el conjunto de espectáculos que integran el patrimonio inmaterial de Andalucía, y la Semana Santa en ambos municipios es de Interés Turístico Nacional por el número de pasos que procesionan y el nivel estético que alcanzan.

El resto de fiestas populares se concentran en el ciclo de verano y otoño, que es cuando las sociedades agrícolas antiguas celebraban la recolección de las cosechas. Muchas de ellas han evolucionado de las antiguas ferias de ganado, adquiriendo con el tiempo un marcado carácter patronal, como son las escenificaciones de Moros y Cristianos de Bédar y Mojácar, las Carreras de Cintas, el Toro de Fuego de Pulpí y Cuevas del Almanzora o las Carreras de Toros en Vera y Huércal Overa.

Otras manifestaciones con marcado carácter festivo son las Procesiones Marineras y las Ofrendas de Roscos. Las primeras se celebran el 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, en las localidades de Garrucha y Villaricos (Cuevas del Almanzora). La Ofrenda de Roscos de pan a San Gregorio se lleva a cabo el primer domingo tras el 5 de mayo en Bédar. En Jauro (Antas), también ofrendan pan a San Isidro.

La cultura del agua también adquiere gran importancia ya que la aridez del clima del Levante ha motivado el desarrollo de diversas técnicas para su captación, conducción y almacenaje. En el paisaje aparecen elementos como las norias, los pozos, las fuentes, las minas, las balsas, los aljibes, las acequias, los azudes, las boqueras, las cortas, etc. Las vegas de regadío, limitadas a los puntuales enclaves aluviales formados en torno a los ríos, también representan otra manifestación de origen árabe relacionada con la cultura y el aprovechamiento del agua.

La gastronomía popular ofrece un sinfín de platos de interés con una larga tradición en el tiempo, que se basan en muchos casos en la sabia combinación de las materias primas marinas con las aportaciones de los montes (especies de caza y plantas aromáticas).

La música y la danza tradicional servían antaño tanto para amenizar los trabajos y las faenas diarias del campo, la mina, la mar o la casa como para fiestas y celebraciones. En el folclore del Levante Almeriense confluyen tradiciones de distintos ámbitos geográficos, de modo que las gentes del lugar han ido adaptando los bailes y cantos al gusto local, confiriéndoles unas señas de identidad propias que se han ido transmitiendo oralmente de generación en generación. Una forma de inmortalizar un acontecimiento, feliz o desafortunado, era narrándolo en forma de verso. Esta labor era realizada por quienes, debido a su sensibilidad o a su conocimiento, sentían esta inquietud; los “trovos” ganaron fama por sus letras, en las que componían romances, coplas y dichos para ser cantados, bailados o recitados. En toda Sierra Cabrera se hicieron muy populares las Carreteras, canciones improvisadas que amenizaban las reuniones festivas y familiares o los descansos de las jornadas de trabajo; su contenido solía ser bastante picaresco, aludiendo a los componentes de la reunión. Otra tradición extendida eran los Bailes de Pujas, en los que, para poder bailar con una moza, el pretendiente tenía que pujar por ella; aquel que ofrecía la mejor puja, bailaba con la pretendida.

En danza destaca el Baile Bolero o las Sevillanas Boleras, por ejemplo de Vera; de estos bailes quedan pocos maestros, si bien se hallan en proceso de recuperación. Las Cuadrillas de Ánimas son otra de las manifestaciones folclóricas del Levante, que pueden escucharse por ejemplo en Huércal-Overa; son agrupaciones musicales generalmente formadas por violines, guitarra, guitarras, panderetas, laúdes, bandurrias y platillos, cuyo repertorio se basa en el cante y baile de la “parranda”, folclore autóctono del sureste español y que alcanzó su máxima expresión en el norte de la provincia de Almería y en Murcia. Por último, cabe destacar el Cante Flamenco con origen en las zonas mineras de Sierra Almagrera y Bédar. Aquí se originaron los famosos y conocidos “Cantes Mineros o de Levante”, los primeros provenientes de adaptaciones de los cantes agrícolas.

En cuanto a la artesanía del Levante, la alfarería de Vera tiene una larga tradición milenaria (hispano-musulmana) que se ha caracterizado por su versatilidad, y en donde alcuza, cántaros, peroles de gachas, cazuelas, gallos, gárgolas, ajuaricos, botijos, bartolos, jarras de trampa, lebrillos o mieleras son algunos de los ejemplos de sus variedades y especialidades en barro, al fuego o barnizado. Junto a esta actividad, el trenzado de fibras vegetales, principalmente de esparto, constituye otra artesanía típica del Levante para la elaboración de cestas, capachos, cuerdas, monturas y zapatos, como las típicas “esparteñas”. Los encajes de bolillos y los bordados a mano son otras muestras de la artesanía local, pertenecientes al ámbito doméstico en este caso, por lo que apenas existe producción para su venta. Los oficios tradicionales relacionados con la construcción –carpintería, forja, solería, tejares, etc.– también están representados en el Levante. Dentro de la denominada artesanía ritual, relacionada con la fabricación de objetos casi siempre destinados al culto religioso, cabe destacar las bordadoras en oro de Huércal-Overa, encargadas de bordar el ropaje de las imágenes religiosas.



Foto 402: Castillo de San Juan de los Terreros (Pulpí), que data del siglo XVIII construido como parte del sistema defensivo costero diseñado durante el reinado de Carlos III.
Autor: José A. Olmedo Cobo.

Dinámicas, procesos y afecciones

Evolución histórica

La larga historia de poblamiento en el Levante Almeriense se remonta, al menos, a 40.000 años con la presencia comprobada de pueblos paleolíticos que habitaban en cuevas del Valle del Almanzora. El paso de la Edad de Piedra a la Edad de los Metales fue la clave de la ocupación prehistórica ya que los nuevos pueblos neolíticos, surgidos como resultado del aprendizaje y dominio de agricultura y ganadería, lograron de manera coetánea a dicho proceso alcanzar técnicas suficientemente avanzadas para aprovechar el mineral. Todo ello favoreció asentamientos sedentarios en determinados enclaves y una primera transformación paisajística que, sin duda, se acrecentó con la llegada de las primeras civilizaciones históricas (fenicia, púnica y romana), y que acabó de configurarse con el periodo musulmán y la reconquista cristiana.

De esta primitiva humanización quedan evidencias de gran importancia, destacando los yacimientos arqueológicos protegidos de El Garcel, Cabezo María, La Gerundia y Lugarico Viejo en Antas, Fuente Álamo y Villaricos en Cuevas del Almanzora, Cerro Cuartillas y Las Pilas-Mojácar la Vieja en Mojácar, y Cerro del Espíritu Santo y Rozaipón en Vera. Por encima de todos ellos, destaca el yacimiento de El Argar, en Antas, cuyo estudio ha resultado esencial en la investigación sobre la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica y, de hecho, El Argar da nombre a una de las culturas más importantes de la Edad del Bronce en Europa. De este yacimiento se extrajo un ingente volumen de materiales, en su mayoría cerámicas procedentes de tres tipos de estructuras funerarias (fosas rodeadas de muretes de piedra, cistas de losas y vasijas). A pesar de las deficiencias del registro arqueológico, se ha logrado esbozar el patrón de vivienda del poblado, formado por casas de planta rectangular con muro de cabecera longitudinal, separados por tabiques medianeros perpendiculares; no faltan otras viviendas de planta irregular e incluso las de tendencia circular.

La riqueza mineral de este sector despertó desde antiguo el interés de los pueblos más desarrollados del Mediterráneo Oriental, lo que provocó el paso y asentamientos de distintas civilizaciones como hito fundamental para la configuración paisajística y social del Levante. La costa se convirtió así en protagonista del desarrollo comercial durante las dominaciones de fenicios y cartagineses, existiendo diversas factorías para comercializar el mineral extraído de las sierras litorales. El crecimiento demográfico motivó no solo un mayor desarrollo de agricultura y ganadería, sino que determinó la creación de industrias de salazones, de cerámicas e incluso de astilleros para la construcción de naves.

El progreso económico y comercial se mantuvo durante la dominación romana, periodo del que quedan abundantes testimonios en Villaricos o en El Roceipón. Sin embargo, pronto se produjo la crisis bajo-imperial (siglos III, IV y V), con la consiguiente descomposición política del Estado, lo que motivó que los pueblos del Levante volvieran a ser eminentemente rurales, especialmente en los fértiles valles del interior, dejando a un lado el comercio de mineral desde el litoral. Ello provocó la desaparición de gran parte del hábitat de la costa, pues resultaba demasiado peligrosa ante la piratería, especialmente la bizantina.

Tras un breve periodo de tiempo de ocupación visigoda, el siglo VIII marca una nueva etapa para el Levante con la colonización musulmana y las sucesivas guerras que enfrentaron a los pueblos norteafricanos entre sí y con el mundo cristiano dominante hacia el norte. Esa situación de inseguridad mantuvo la costa predominantemente deshabitada, localizándose los asentamientos musulmanes hacia el interior, en emplazamientos sobreelevados de gran visibilidad.

La reconquista cristiana a finales del siglo XV, solo unos años antes de la caída del Reino de Granada, no trajo consigo nuevas circunstancias al litoral; los núcleos interiores, como Cuevas del Almanzora o Huércal Overa, seguían siendo los epicentros de la población, mientras que la costa permanecía en un estado de gran inseguridad sometida a los ataques de los piratas berberiscos.

Habría que esperar al siglo XVIII para asistir al final de la crisis de la Edad Moderna iniciada en el Medievo. La recuperación económica en toda la comarca es un hecho debido a la ampliación del área de cultivos, que permitió la obtención de cosechas de maíz, trigo y cebada, mientras que de las tierras más estériles se aprovechaba la barrilla, una planta alcalina que crecía espontáneamente junto al mar y que se utilizaba para obtener sosa y fabricar jabones, y que resultó de gran importancia en la economía de la comarca durante el siglo XVIII.

El siglo XIX, como en toda la provincia, asistió a una "fiebre minera" que no solo aceleró el desarrollo económico sino que acabó de reconfigurar las grandes líneas del territorio tal y como lo conocemos en la actualidad. En consecuencia, resultó un momento trascendental desde el punto de vista del paisajismo del Levante. La minería se concentró en la extracción de plomo, especialmente en Sierra Almagrera, que se convirtió en una fuente de divisas principal para el Estado español, cuyas arcas yacían vacías tras las guerras coloniales, el conflicto bélico con Francia y otros de índole interna. El plomo tenía gran demanda en una Europa inserta de lleno en pleno proceso de industrialización y urbanización.

Este primer momento de esplendor de la minería del Levante culmina en 1885 con la caída internacional de los precios del metal. Junto a este hecho, los problemas estructurales de la minería almeriense (enorme subdivisión de la propiedad, explotaciones minúsculas, carencia de medios de transporte, precariedad de medios técnicos, falta de asociacionismo patronal) agudizaron aún más la crisis. Como único hecho positivo cabe señalar que la prohibición de exportar mineral en bruto obligó a su fundición previa, lo que generó un pequeño entramado industrial aunque de rudimentaria tecnología, que favoreció a su vez la deforestación de las sierras cercanas al utilizar combustible vegetal.

La segunda y última época floreciente de la minería en el Levante se produjo con el laboreo del hierro, cuya demanda creció desde finales del siglo XIX tanto por las nuevas necesidades de industria siderúrgica a escala europea como por el rearme militar de los años previos a la Primera Guerra Mundial. En cualquier caso, se trató de una minería de capital foráneo (nacional e internacional), que invirtió en una serie de infraestructuras necesarias para la transformación, transporte y comercialización del mineral; entre esta logística, cabe destacar la creación de ferrocarriles mineros, sistemas mecánicos y embarcaderos de hierro para la carga en barcos de la producción, pequeños centros siderúrgicos, cables aéreos, nuevas vías de comunicación por carretera, etc. Sin embargo, la propia Gran Guerra y la crisis económica mundial de 1929 conllevó el abandono de gran parte de las prácticas mineras, cuya puntilla final fue el conflicto bélico de la Guerra Civil Española de 1936-1939.



Foto 403: Nuevas edificaciones se desarrollan sobre antiguos asentamientos en todo el litoral del Levante, en muchos casos con escasa integración paisajística.
Autor: José A. Olmedo Cobo.



Foto 404: Instalaciones mineras en ruinas en Sierra Almagrera, cerca de Villaricos.
Autor: Ricardo Aussó Burguete.

Evolución reciente

Una vez desmontado el modelo productivo asociado a la minería, que culminó con el cierre en 1959 de las últimas minas de Sierra Almagrera, las dinámicas y procesos de cambio que han afectado desde entonces al paisaje del Levante presentan dos líneas evolutivas bien discriminables por su naturaleza, capacidad de transformación y consecuencias socioeconómicas. Por un lado, los espacios serranos, donde las coberturas naturales son predominantes, muestran una marcada estabilidad en su paisaje como consecuencia de la escasa capacidad evolutiva de los ecosistemas vegetales desarrollados en ambientes mediterráneos árido-semiáridos. A pesar de ello, fruto de la menor presión antrópica sobre las sierras, las formaciones principales, como son matorrales de distinto tipo, algunos entrados arbustivos, diversos pastizales y, especialmente, espartizales y otras estepas semiáridas, han podido evolucionar hacia estadios de mayor madurez, sin que ello signifique el predominio actual de facies climáticas más que de manera local. Hay que considerar además que determinadas tierras de agricultura extensiva de secano se han abandonado por su escasa rentabilidad, incorporándose consecuentemente al sistema vegetal. El proceso contrario, es decir, la transformación de enclaves vegetados serranos en espacios agrícolas, resulta marginal, y solo cabe destacar la creación puntual de parcelas de cultivo por nuevas roturaciones, especialmente en la periferia de las localidades principales y en los piedemontes en contacto con las plataformas sedimentarias litorales más humanizadas.

En segundo lugar, los ámbitos que ya eran agrícolas y urbanos a mediados del siglo XX han experimentado notables mutaciones que representan, a su vez, importantes implicaciones paisajísticas, aunque también cabe diferenciar una doble dinámica. Los espacios de agricultura tradicional han visto como las plantaciones de secano han perdido protagonismo respecto a los campos irrigados, especialmente en los valles de los ríos Almanzora, Antas y Aguas y llanuras inmediatas; de este modo, los cultivos herbáceos en regadío y, especialmente, los cítricos caracterizan estos espacios agrícolas en la actualidad. Muy llamativo ha sido el crecimiento de los puntuales campos de cítricos existentes a mediados del siglo XX en el Valle del Almanzora –con un origen que se remonta al último tercio del s. XIX–, siendo ya en la década de 1970 un elemento principal del paisaje del Bajo Almanzora. En estos ámbitos también han proliferado los invernaderos, aunque sólo adquieren un carácter masivo de manera local en los emplazamientos de menor potencial agronómico. La expansión de los campos irrigados se ha beneficiado de la explotación de los acuíferos pero sobre todo del trasvase Tajo-Segura, que ha posibilitado el desarrollo de este tipo de agricultura no sólo en este valle sino en otros sectores del Levante.



Foto 405: Las condiciones ambientales semiáridas favorecen una notable estabilidad de las zonas naturales.
Autor: Ricardo Aussó Burguete.

En las sierras, los espacios cultivados que se conservan en la actualidad son herencia del pasado, y coinciden con los medios con mayor arraigo, es decir, las posiciones topográficas más favorables y la periferia de las localidades principales.

Pero, frente a esa reconfiguración profunda y relativa expansión de los espacios agrícolas, las transformaciones paisajísticas de mayor calado de todo el Levante Almeriense se han producido en los entornos urbanos. En general, la segunda mitad del siglo XX ha estado marcada por el notable crecimiento de las tramas edificatorias tradicionales pero también por la gestación de franjas periurbanas antes inexistentes o en todo caso de marcado carácter rururbano. Especialmente generalizado ha sido el crecimiento de los núcleos costeros en la franja Mojácar-Vera debido al desarrollo a partir de la década de 1960 del turismo de sol y playa.

En localidades como Garrucha y Mojácar las tipologías edificatorias modernas – complejos hoteleros y de apartamentos, áreas residenciales de lujo– constituyen un elemento fundamental de su paisaje, y solo la topografía abrupta hacia el interior ha limitado que su expansión sea mayor. Este crecimiento periurbano se ha producido a costa tanto de terrenos agrícolas tradicionales como sobre espacios naturales, algunos de ellos de elevado valor ecológico.

Como casos particulares de estas explosiones urbanas litorales, en este caso a partir de pequeños núcleos rurales, sobresale la transformación experimentada por asentamientos como Villaricos o San Juan de los Terrenos. A todo ello hay que añadir la configuración de áreas comerciales y de servicios y, en menor medida, de polígonos industriales (en este caso emparentados con el desarrollo agrícola), y de otros elementos modernos de gran impacto como instalaciones deportivas –campos de golf esencialmente–, que se alejan por completo de la identidad tradicional del paisaje.

Por último, los núcleos más alejados de la costa, como Vera, Cuevas del Almanzora, Turre o Huércal Overa, también han visto crecer su trama urbana, aunque en este caso el desarrollo agrícola ha sido el factor detonante principal, lo que no ha impedido que fértiles tierras de vega desaparezcan bajo el cemento, especialmente en la zona llana al norte de Huércal Overa. En algunas localidades asentadas en las vertientes litorales de las sierras, caso de Bédar, se ha configurado una franja estrecha de carácter rururbano en torno al pueblo, marcada por el desarrollo de segundas residencias –tipo chalé– de ocupación temporal, muchas de las cuales se acompañan de piscinas y pequeñas parcelas de cultivo con una función más recreativa que productiva.



Foto 406: Una de las dinámicas más importantes que ha contribuido a la transformación en las últimas décadas del paisaje del Levante ha sido la puesta en cultivo de numerosas tierras antes yermas y que ahora acogen una próspera agricultura de regadío, donde los cítricos son la orientación principal. En la imagen, nuevas plantaciones en la cuenca baja del Almanzora cerca de Pulpí.
Autor: José A. Olmedo Cobo.



Foto 407: Los complejos hoteleros y residenciales han dotado de una nueva funcionalidad al litoral del Levante Almeriense, y son en la actualidad un elemento característico de su paisaje. En la imagen, Garrucha Sur.
Autor: Ricardo Aussó Burguete.

Planes, proyectos y regímenes normativos con incidencia

La evolución en las últimas décadas del territorio del Levante Almeriense ha conllevado una notable transformación de los distintos sistemas productivos, sociales y económicos, quedando la comarca progresivamente mejor integrada en el conjunto de Andalucía y del Mediterráneo. Sin embargo, a este desarrollo se asocia una problemática, en parte novedosa, que afecta a su articulación territorial y funcional, a los recursos naturales, a los sistemas productivos agrícolas, al sistema de asentamientos, etc. Las determinaciones generales que el Plan de Ordenación del Territorio del Levante Almeriense, derivadas de las recogidas por el Plan de Ordenación Territorial de Andalucía, establece al respecto son las siguientes:

- Favorecer la articulación interna de la comarca mediante la potenciación del sistema urbano policéntrico y la mejora de las infraestructuras viarias y de transportes.
- Contribuir a una mayor integración de este territorio en el Levante peninsular.
- Promover un desarrollo ordenado de los usos del suelo que asegure su adecuada integración territorial.
- Ordenar el espacio productivo de la agricultura de regadío en compatibilidad con la gestión sostenible de los recursos y el respeto a los equilibrios ambientales básicos.
- Proteger y valorizar los recursos naturales, paisajísticos y culturales del ámbito.
- Reducir la incidencia de los riesgos naturales.
- Ordenar las infraestructuras del ciclo del agua, energéticas y de telecomunicaciones, y establecer las medidas que aseguren la satisfacción de la demanda previsible.

Como objetivos específicos, se persigue en primer lugar la adecuada integración de los asentamientos del Levante en el sistema urbano de Andalucía y del resto del Arco Mediterráneo. Para ello, se busca conseguir que los principales núcleos urbanos se conviertan en ciudades compactas conforme a los modelos de ciudad mediterránea tradicional, es decir, funcional y económicamente diversificada. Se evitarían así los actuales procesos de expansión indiscriminada y de consumo innecesario de recursos naturales y de suelo, mejorando además los niveles de dotación de servicios y equipamientos básicos. Especialmente relevante resulta esta cuestión respecto al sistema de comunicaciones y transportes, que debe adaptar su oferta de movilidad a las demandas de la población autóctona y flotante, resolviendo los déficits de accesibilidad entre la A-7 y la costa para contribuir a una comunicación efectiva de la comarca en sí misma y con los ámbitos geográficos limítrofes.

La red de espacios libres se concibe con el objetivo de mejorar la estructuración física de las zonas turísticas litorales y de los entornos de los núcleos urbanos mediante la puesta en valor de los recursos naturales y culturales con los que cuenta la comarca. Se busca además contribuir a la conservación de las zonas de mayor importancia ecológica y fragilidad, favoreciendo el acceso de la sociedad a las mismas y divulgando sus valores de mayor calado como forma de implementar su preservación. Como necesario complemento, se persigue asimismo el mantenimiento sostenible de los aprovechamientos agrícolas y ganaderos tradicionales, evitando además su transformación en usos intensivos, todo ello para alcanzar paisajes integrados donde confluyan los distintos sistemas productivos presentes en el Levante.

En la ordenación de los usos urbanos se enfatiza en la necesidad de aprovechar las potencialidades del territorio para cualificar y diversificar su estructura económica. La búsqueda de la calidad estética y ambiental de los espacios urbanos, el uso eficiente del suelo o la formación de ciudades compactas y sostenibles son otros objetivos que bus-

can consolidar el sistema urbano del Levante Almeriense. Análogamente, los espacios agrarios presentan una marcada problemática que obliga a su ordenación de acuerdo a la vocación y potencialidades de carácter agropecuario o forestal de cada ámbito. Las modernas áreas de regadío deben ser objeto de una gestión especial dada su importancia económica, pero también debido a las dinámicas tan profundas de transformación de los usos del suelo y del paisaje que conllevan. Entre otras cosas, es necesario evitar la pérdida de cultivos y elementos asociados al hábitat rural tradicionales y la compatibilización de la actividad agroforestal con el mantenimiento de la calidad de los sistemas ambientales biota, aguas, suelos, atmósfera y costas.

Dadas las condiciones climáticas del Levante, la gestión de los recursos hídricos resulta trascendental. Se busca mantener el equilibrio del agua como recurso natural de primer orden para la sociedad y como componente ambiental esencial. Para ello se persigue una estrategia de gestión del agua basada en criterios de racionalización del uso, ahorro y eficiencia, y mejora de la calidad del recurso. La protección de los acuíferos sobreexplotados y el garantizar el suministro de agua para el riego son otras cuestiones prioritarias.

En materia de infraestructuras, equipamientos y dotaciones sociales se busca asegurar la prestación de servicios básicos (suministro de agua, electricidad, sanidad, educación, cultura, etc.) tanto para las áreas urbanas consolidadas como para las zonas en expansión. Además, el objetivo de desarrollar eficientemente las redes viarias, de transporte, energéticas y de telecomunicaciones, con una adecuada integración ambiental y paisajística, resulta clave no solo para la articulación del territorio sino también para el bienestar de la sociedad de la comarca.



Foto 408: La importancia de los cítricos aconseja la existencia de un régimen normativo propio a escala municipal en aquellas localidades donde la actividad sea el motor de la economía. La búsqueda de máximos rendimientos económicos debe ir acompañada de un equilibrio en la explotación de los recursos, considerando además posibles consecuencias paisajísticas no deseadas. En la imagen, naranjal en las inmediaciones de Huércal Overa.
Autor: José A. Olmedo Cobo.



Foto 409: La expansión urbana de las localidades asentadas en primera línea de costa trae consigo múltiples consecuencias territoriales, entre las que destacan una notable desestructuración de los usos del suelo, el desarrollo de tipos constructivos de escasa integración respecto a los tradicionales, la deficiente dotación de servicios y equipamientos en las nuevas áreas urbanizadas y, asimismo, unos considerables impactos visuales degradantes del paisaje. Así sucede en la costa de Pulpí, en la imagen, donde la construcción de complejos hoteleros y urbanizaciones residenciales ha sido imparable en la última década.

Autor: José A. Olmedo Cobo.

Aspectos perceptivos y estéticos

Aspectos visuales

Desde el punto de vista estético, el paisaje del Levante Almeriense ofrece escenas de elevado contraste tanto por el distintivo relieve de sierras y plataformas sedimentarias como por la diversidad de usos del suelo predominantes en cada una de estas unidades e, incluso, por la heterogeneidad de coberturas en su interior. El paisaje que se observa en las primeras se caracteriza por su carácter natural, en el que el tipo de vegetación, a su vez, confirma una difíciles condiciones mesológicas. Se trata de sierras litorales que conjugan el carácter abierto de la vegetación esteparia con unas geoformas superficiales de especial interés debido a su origen morfoclimático árido-semiárido. En general, definen espacios de marcada profundidad visual debido a los bajos portes de la vegetación, de colores y texturas notablemente homogéneos, con exigua variación estacional. Los escasos elementos antrópicos, incluidos los asentamientos humanos, y las puntuales evidencias de un pasado minero y agrícola de subsistencia dotan al paisaje de una diversidad de la que carecería de manera natural.

De particular estética son ciertas franjas de terreno, generalmente en las faldas de los relieves montañosos y piedemontes de mayor inclinación, donde la erosión y la naturaleza deleznable de los roquedos propician el desarrollo de cárcavas y *bad-lands* escasamente vegetados, cuya impronta representa un paisaje caótico, agreste, con un elevado dinamismo geomorfológico poco favorable a su humanización. La variada gama de colores –grisáceos, marrinosos, pardos, amarillentos y rojos– de estos tramos enriquece localmente dichas escenas visuales.

Las áreas agrícolas determinan cuencas visuales que hacia el interior presentan normalmente un trasfondo montañoso de diferente entidad. Se trata de un paisaje antropizado generalizado en cotas inferiores y llanuras costeras, que ofrece un fuerte contraste con el entorno natural serrano, y en donde la orientación principal hacia agricultura de regadío hace intuir la concurrencia necesaria de factores topo-edáficos favorables. La visión de estos paisajes humanizados se completa con el impacto tan acusado que poseen los espacios urbanos modernos, surgidos como consecuencia del fuerte crecimiento que numerosos pueblos de corte rural tradicional y las históricas agrocidades de Cuevas del Almanzora y Huércal Overa han experimentado por el desarrollo agrícola intensivo y por la promoción turística de la comarca.

Las tierras agrícolas presentan una notable diversidad de formas, texturas y colores en función de la orientación de los cultivos; resaltan visualmente las plantaciones de cítricos del Bajo Almanzora y del entorno de Huércal Overa, en donde se conservan además formas más tradicionales de regadío en las vegas de los ríos, que a su vez presentan elementos patrimoniales relacionados con la cultura del agua de destacado valor paisajístico. Gran impronta tienen, asimismo, los invernaderos, cada vez más frecuentes, que salpican las llanuras y piedemontes inmediatos. El gran desarrollo y buenos resultados de la agricultura plastificada y de enarenados en otros sectores de la provincia propician que esta actividad esté ganando un importante protagonismo también en el Levante Almeriense, colonizando sobre todo tierras de escasa capacidad agronómica.

Muy distintos resultan los campos de agricultura de secano en ladera, cuyo carácter marginal evoca su retroceso frente a las plantaciones intensivas. Su abandono en muchas zonas permite procesos de regeneración vegetal que, en sus estadios intermedios, configuran pequeños mosaicos de cultivos-vegetación que contribuyen aún más a la diversidad visual del paisaje.

El pasado minero de la comarca todavía es reconocible tanto en las sierras más explotadas antaño como en determinados enclaves cercanos a las poblaciones costeras, donde se conservan poblados mineros, maquinarias, vías férreas, embarcaderos, etc., cuyo



Foto 410: Una morfología y un clima particulares favorecen una vegetación singular en las sierras. Autor: Ricardo Aussó Burguete.

abandono y lamentable estado de conservación por lo general supone la pérdida progresiva de elementos patrimoniales del paisaje de incalculable valor y difícil recuperación. Asimismo, el poblamiento antiguo y los avatares históricos asociados a la llegada a esta franja litoral de distintas civilizaciones motivan que los elementos arquitectónicos de carácter defensivo que todavía se conservan –como torres, castillos, fortalezas, alcazabas– se conviertan en elementos visuales de gran calado y atalayas de observación del paisaje principales.

El urbanismo moderno, por el contrario, presenta generalmente una mínima integración paisajística; los pueblos tradicionales han quedado en su mayor parte encerrados en tramas urbanas caracterizadas por la masificación edificatoria relacionada con los tipos constructivos desorbitados asociados al turismo, proceso que además ha contribuido a la eliminación del tradicional espacio agrícola periurbano. De este modo, los centros urbanos o nuevos sectores edificados en primera línea de costa de Mojácar, Garrucha, Vera y, en menor medida, en la franja litoral de los municipios de Cuevas del Almanzora y Pulpí presentan una fuerte atomización urbana y, como consecuencia de la falta de espacio para otros usos, carecen de una dotación de infraestructuras adecuada, todo lo cual va en detrimento de la calidad de vida de sus habitantes y entra en contradicción con el objetivo principal de dicho urbanismo, que no es otro que la promoción de estos pueblos como atractivos centros turísticos de alto caché.

Aspectos perceptivos

El Levante Almeriense determina un conjunto paisajístico cuya percepción sustenta contradicciones relacionadas con la dureza ambiental y la distintiva configuración de la ocupación humana del relieve litoral. Las condiciones climáticas árido-semiáridas favorecen la apreciación de un medio poco habitable, sometido a la falta de humedad, en donde el potencial biológico no consigue vegetar eficazmente los espacios serranos y, por el contrario, favorece la erosión de amplios sectores en un proceso que parece acrecentarse con el paso del tiempo.

Sin embargo, el hombre ha sabido aprovechar los recursos disponibles mediante la maximización de los escasos suelos fértiles y de las exiguas aguas de escorrentía y subterráneas. El carácter natural de las sierras no impide una percepción de que el hombre la logrado crear un paisaje humanizado super-



Foto 411: Las pequeñas calas escondidas entre acantilados son elementos visuales de gran atractivo. Autor: José A. Olmedo Cobo.

ando las barreras naturales, y en el que se han desarrollado campos de regadío que determinan escenas visuales de gran divergencia respecto a las pardas superficies naturales; el esplendor de esta agricultura también se desmarca de las evidencias que remanecen en el paisaje de la antigua agricultura de secano en ladera, que vuelve a recordar las penurias de la población local en aquellas épocas históricas en las que tampoco el mineral era aprovechado. El desarrollo de nuevas agriculturas bajo plástico también se ha de percibir como un síntoma de éxito en la superación de las barreras naturales del Levante.

El dinamismo de tipo urbano es igualmente apreciable en los sectores más cosmopolitas, que han visto cómo sus estructuras tradicionales se han modificado profundamente en los últimos años por el crecimiento económico de la comarca asociado a los cultivos de regadío y, sobre todo, por el desarrollo turístico. El paisaje resultante se percibe con sensaciones contradictorias porque refleja patrones de riqueza económica pero a su vez, fruto de la desorganización de los usos del suelo resultante, concreta un modelo de desarrollo poco sostenible que recrea, en última instancia, entornos visuales de baja calidad sometidos a la tiranía del cemento, asentados en franjas costeras muy agrestes de gran atractivo natural, el cual queda notablemente alterado. Por último, existe la percepción de que, ante la penuria asociada a la explotación agrícola del suelo en el pasado, fue el aprovechamiento del subsuelo el que favoreció en su momento un potente desarrollo socioeconómico de una comarca que, de lo contrario, podría ser en la actualidad un ámbito mucho más atrasado, sometido a los avatares naturales.



Foto 412: Puerto de Garrucha, cuyo carácter pesquero tradicional pierde protagonismo por el cosmopolitismo de la ciudad, lo que favorece una actividad marítima de recreo y ocio más que productiva. Autor: Ricardo Aussó Burguete.

Descripción sintética del carácter paisajístico

El Levante Almeriense presenta un diverso paisaje en donde sierras, llanuras aluviales, planicies litorales y recortadas costas rocosas constituyen las morfologías más características. Cada una de estas unidades soporta una determinada explotación biológica y un variable aprovechamiento antrópico en cuanto a forma e intensidad se refiere y, por tanto, recrean tipologías paisajísticas bien discriminables entre sí, aunque convergen en una serie de caracteres comunes identitarios de conjunto del Levante. Todo ello en un entorno climático muy condicionado por la escasez de precipitaciones por la situación de estas tierras en sombra de lluvia respecto a los predominantes vientos de poniente, hecho crucial para comprender el carácter de los entornos naturales y el porqué de las tierras más humanizadas.

Como en buena parte del Mediterráneo, este territorio pronto soportó un poblamiento prehistórico a baja escala, de escasa capacidad para alterar su entorno paisajístico. Posteriormente, la llegada de distintos pueblos a estas costas contribuyó a una primera transformación del medio natural, en la base del desarrollo de agricultura, ganadería, sedentarismo y laboreo y comercio del mineral. La riqueza geológica de las sierras que respaldan hacia el interior esta franja costera ha sido uno de los factores claves en la configuración definitiva del paisaje del Levante.

Estas sierras, agrestes y que se elevan destacadamente a poco de alejarnos del mar, presentan un paisaje se ve sometido a los avatares de los pobres suelos que predominan en ellas, de las acusadas pendientes que las caracterizan, de los sistemas morfogenéticos semiáridos milenarios y, como resultado, de una biota semiárida determinante por lo general de ralos recubrimientos vegetales, aunque determinante de una flora de elevada endemidad.

Los macizos mueren en el mar, dibujando una costa rocosa, de acantilados, en donde sólo ciertos sectores sedimentarios alcanzan mayor planitud, además de las cuencas y desembocaduras de los tres ríos principales que atraviesan la comarca –Aguas, Antas y, especialmente, Almanzora–. Se trata, pues, de un medio inhóspito que ha visto como el escaso poblamiento primitivo de subsistencia no presentó grandes cambios hasta época moderna, siendo el siglo XIX el momento clave para la reconfiguración definitiva del paisaje del Levante Almeriense.

En efecto, la minería del plomo y de hierro llevada a cabo esencialmente en los macizos de Cabrera y Almagrera motivó un desarrollo económico y social desde finales del siglo XVIII y hasta las primeras décadas del XX sin parangón en el pasado. El crecimiento de pueblos y ciudades, con la creación de otros asentamientos directamente relacionados con la explotación del mineral, la expansión de las vías de comunicación –por carretera y ferrocarril– o el desarrollo de una pequeña industria de transformación y destinada al embarque del mineral para su comercialización fueron las consecuencias principales de la minería, en una sociedad que se enriqueció y aumentó destacadamente su capital humano. La deforestación de las sierras y la propia huella sobre el sustrato geológico fueron otras consecuencias paisajísticas remarcadamente visibles.

Sin embargo, la decadencia de la actividad minera volvió a sumir a la comarca en una situación de atraso y pobreza como antaño, que sólo una serie de procesos acaecidos desde mediados del siglo XX han logrado frenar destacadamente. La puesta en cultivo de extensas áreas mediante la irrigación artificial ha permitido que localidades como Huércal Overa o Cuevas del Almanzora se conviertan en centros económicos y comerciales de primer orden en el sureste español; destaca como elementos significativo en el paisaje los campos de cítricos de la cuenca baja del Almanzora.

Junto a la agricultura, que también asiste en las últimas décadas a una expansión local de los invernaderos, cabe destacar el desarrollo urbano de numerosas localidades debido a su promoción como centros turísticos de sol y playa, proceso que presenta indudables consecuencias paisajísticas.

Se conforma así un paisaje donde medio natural y espacio antropizado se disputan el protagonismo. Las evidencias históricas patrimoniales de antiguas civilizaciones y de la actividad minera constituyen en la actualidad algunos de los elementos y atalayas visuales más destacados. Los cultivos de regadío, las tierras de secano, decadentes por el éxito de los primeros, los pueblos tradicionales, encerrados en tramas urbanas modernas de escasa integración visual, o los nuevos núcleos emanados casi en su totalidad de la actividad turística conforman un paisaje donde es palpable cómo el hombre ha aprovechado cualquier resquicio que le ofrecía la naturaleza para prosperar, lo que a su vez redundaba en cierta degradación ambiental que incluso tiene su paralelismo paisajístico en el desorden y desorganización frecuente de los usos y aprovechamientos del suelo. No en vano, se trata de un territorio sometido históricamente a fases de cambio que caracterizan etapas más o menos prolongadas en el tiempo, con periodos intermedios de atraso y depauperación social y económica y que han marcado indudablemente el devenir paisajístico del Levante Almeriense.



Foto 413: Panorámica desde el castillo de San Juan de los Terreros. El urbanismo moderno, relacionado con el turismo, contrasta con el carácter agreste del medio rural y montañoso inmediato, donde es posible reconocer huellas de una antigua minería. Autor: José A. Olmedo Cobo.

Cualificación

Identificación de valores y significados

La notable diversidad del paisaje del Levante Almeriense permite establecer una serie de valores de relevancia en las distintas interfaces territoriales que se consideran. Sierras litorales, espacios costeros, áreas urbanas y zonas agrícolas presentan una serie de particularidades que en determinados casos específicos representan valores de elevada significación desde el punto de vista escénico y paisajístico.

El carácter moderno de la agricultura intensiva conlleva el peligro de la homogeneización de la actividad desde distintos puntos de vista, como son el productivo, el técnico y el cultural. El Levante posee elementos patrimoniales agrícolas de gran valor que han de ser conservados –no sólo desde una posición estrictamente paisajística– frente a la tecnificación que supone la agricultura intensiva; cabe destacar en este sentido distintos sistemas de cultivo, variedades de semillas locales, infraestructuras para el riego o la extracción, acumulación y transporte de agua, tipos arquitectónicos rurales, construcciones ganaderas (corrales, establos, abrevaderos) y toda una cultura agraria ancestral. La pérdida de esta identidad supondría la banalización de uno de los aspectos más sobresalientes del territorio del Levante, y que históricamente ha tenido un claro y destacado reflejo paisajístico.

Por otra parte, los pueblos y ciudades del Levante poseen un rico patrimonio urbano que debe ser tenido en cuenta como un valor más a explotar como complemento a los hábitats rurales y demás elementos agrarios que se conservan en el paisaje. En este sentido, los cascos antiguos de la práctica totalidad de los pueblos y agrocidades, los asentamientos costeros, especialmente aquellos menos transformados por la expansión urbana acaecida en la segunda mitad del siglo XX, y otros enclaves de notable trascendencia en el pasado, como los poblados mineros, constituyen valores dignos de ser integrados en el conocimiento global del paisaje de esta comarca. Ello debe ayudar además a que ciertos elementos degradados y actualmente olvidados sean recuperados como patrimonio material y paisajístico.

La presencia histórica del ser humano en la comarca del Levante evoca un territorio marcado por la llegada de distintos pueblos y, como consecuencia, los conflictos bélicos asociados a las distintas invasiones han dejado en el paisaje unos rastros de indudable importancia. Se trata de tipos constructivos como torres, torretas, castillos, fortalezas y otras edificaciones de corte defensivo que normalmente dominan el paisaje por su situación en atalayas, altozanos y otros escarpes orográficos. Desde el punto de vista patrimonial y escénico –tanto por lo que representan estética y visualmente como por su función de hitos desde donde admirar el paisaje– estos elementos merecen ser tenidos en cuenta como componentes paisajísticos de especial valor.

Respecto a los ámbitos de dominante natural, las características mesológicas donde éstos se desarrollan y la presión antrópica a la que se han visto sometidos a lo largo de la historia los dotan de un especial valor paisajístico. Las sierras litorales y los accidentados acantilados costeros del Levante ofrecen atractivas escenas visuales que son percibidas de manera diferente según se prioricen los valores intrínsecos del paisaje –flora, geoformas, usos del suelo, elementos patrimoniales– como definitorios de su identidad o bien se conciba una percepción paisajística marcada por la antigua huella humana en el territorio, que evoca procesos, dinámicas y aprovechamientos del medio natural hoy ausentes, que se convierten en valores intangibles del paisaje actual dignos de conservar.



Foto 414: Son numerosas las evidencias de ancestrales actividades y antiguos asentamientos humanos en la costa del Levante, otorgando gran riqueza y singularidad a su paisaje. En la imagen, ruinas en el paraje Embarcadero Viejo en la costa cerca de Villaricos.
Autor: José A. Olmedo Cobo.

Inventario-diagnóstico de recursos paisajísticos

Las disfuncionalidades derivadas de la mala ordenación de los usos del suelos agrarios debido al cambio de sistema productivo acaecido a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, así como la nefasta gestión territorial en muchos casos de los ámbitos urbanos, especialmente en aquellos que han crecido sobremedida en las últimas décadas en relación al turismo de sol y playa, provocan no solo una degradación general del paisaje sino también la pérdida de elementos de alto valor y la depauperación de telas visuales de gran atractivo.

El desarrollo de agricultura intensiva en determinados ámbitos supone una homogeneización del paisaje, además de serias repercusiones ambientales. Especialmente aciaga resulta la proliferación a escala local y escasamente planificada de cultivos bajo plástico. El agotamiento de suelos y aguas supone igualmente la movilización de nuevas tierras para su incorporación al sistema y la búsqueda de nuevas fuentes de abastecimiento. Se alteran así las estructuras tradicionales de cultivo o se degradan áreas vegetales o geomorfológicas de elevado valor, contribuyendo con ello al agotamiento del paisaje ancestral.

Por el contrario, el intenso abandono en décadas pasadas de los campos de secano ubicados en las sierras y piedemontes próximos a las llanadas costeras supone una transformación del paisaje hacia tipologías naturalizadas, si bien se trata de un proceso de matorralización de gran lentitud en cualquier caso. Dicha dinámica también supone el abandono de un patrimonio rural que es deseable mantener y proteger para que se integre como un elemento más en el paisaje. Este abandono del campo y consiguiente regeneración de la biota semiárida característica del Levante se enfrenta, por otra parte, a las propias condiciones climáticas, que no sólo suponen una marcada lentitud en los procesos de regeneración de la vegetación sino que conlleva un serio riesgo de erosión de los suelos agrícolas abandonados, especialmente en los enclaves de mayores pendientes y roquedos más deleznable. Estas cuestiones, en su conjunto, favorecen la degradación del paisaje, por lo que es aconsejable una planificación general en los medios rurales del Levante, entendiendo por éstos no sólo los espacios cultivados en la actualidad o con otro tipo de aprovechamiento primario, sino también los enclaves que hayan sido el soporte de las sociedades agroganaderas en el pasado.



Foto 415: En las tierras de cultivo más antiguas todavía es posible identificar una estructura agrícola relacionada con la ancestral cultura musulmana del agua, así como elementos arquitectónicos de carácter defensivo.
Autor: José A. Olmedo Cobo.

Otros valores territoriales poco aprovechados desde el punto de vista paisajístico, lo que además va en detrimento de su propia conservación, se relacionan con la tradicional cultura del agua que desde época romana y, sobre todo, musulmana ha permitido la gestación de una comarca agrícola como ésta; asimismo, las técnicas productivas tradicionales de pesca y ganadería y, especialmente, la actividad minera, que tanta importancia tuvo a lo largo del siglo XIX en la configuración fisionómica de extensas áreas del Levante, resultan de gran importancia histórica, y su conservación y protección deben ser entendidas como una cuestión prioritaria para la correcta comprensión y valoración del paisaje.

El desarrollo urbano moderno impide en muchos casos valorar como recurso de importancia las tramas edificatorias tradicionales de pueblos y ciudades, aunque sí se conservan elementos o pequeños conjuntos urbanos de importancia. Más interesante es el patrimonio constructivo heredado de antiguas civilizaciones que, como ya se ha referido anteriormente, presenta en las fortificaciones de corte defensivo su mayor insumo paisajístico. Asimismo, determinados poblados mineros que, en general, están en un lamentable estado de conservación son elementos de gran significación que identifican un paisaje poco frecuente en el litoral andaluz.



Foto 416: El atractivo natural de numerosos sectores del litoral del Levante debe ser considerado un recurso paisajístico de primer orden y, por tanto, implementado como tal en las políticas territoriales. En la imagen, la costa de San Juan de los Terreros. Autor: Ricardo Aussó Buguete.

Intervención

Estrategia general de intervención. Objetivos de calidad paisajística

La complicada relación que subyace en la mayoría de mosaicos territoriales donde convergen espacios naturales, zonas agrícolas y áreas urbanas tradicionales y modernas de fuerte dinamismo, como es el caso del Levante Almeriense, determina una compleja estructura de los usos del suelo que, en última instancia, es el elemento que da identidad al paisaje y provoca la mayor parte de los conflictos y amenazas detectables en el territorio. Por un lado, la afección agrícola de los sistemas naturales –biota, aguas, suelos y costas– es un hecho que, sin embargo, hay que enmarcar en la antigua humanización de este sector litoral del Mediterráneo occidental, por lo que las amenazas actuales se relacionan en mayor medida con el abandono de prácticas tradicionales o con las consecuencias del desarrollo de la nueva agricultura intensiva. La degradación de las cubiertas vegetales de los espacios naturales conlleva procesos erosivos y otros conflictos –debido a incendios, roturaciones, repoblaciones inadecuadas, etc.– de notable impronta paisajística.

Los espacios urbanos y agrícolas intensivos deben armonizar el desarrollo sostenible en sentido amplio (identidad cultural y territorial, utilización de los recursos endógenos e integración ambiental) con la aplicación de los nuevos conocimientos y tecnologías con el fin de fomentar la innovación, la productividad en todos los ámbitos, el crecimiento económico y la creación de empleo.

Bajo estas circunstancias, los objetivos generales de calidad paisajística son los siguientes:

- Establecer una ordenación del territorio con el objetivo de mantener la calidad y diversidad paisajística de la comarca, considerando al paisaje patrimonio, recurso y seña de identidad.
- Proteger los paisajes más relevantes, identitarios y singulares, y contribuir a la integridad de su estado de conservación.
- Desarrollar criterios y normas de actuación que permitan la integración de elementos o acciones en el paisaje, especialmente en los entornos urbanos.
- Conservar y poner en valor elementos construidos y naturales del paisaje tradicional, compatibles con la innovación de la actividad agrícola y la oferta de alojamientos turísticos en los núcleos rurales.
- Fomentar el conocimiento y disfrute público de la diversidad paisajística del Levante mediante una propuesta abierta de miradores de primer nivel y de itinerarios de interés, así como con la dotación del equipamiento necesario para el acceso al paisaje y a su interpretación.

Los principales conjuntos paisajísticos a proteger, conservar y promocionar son:

- Núcleo y entorno de Mojácar, incluyendo los cerros de Cuartillas, Cabezo Guevara y Cañada Aguilar.
- Núcleo y entorno de Bédar.
- Núcleo y entorno de Cuevas del Almanzora, incluida la vega inmediata y los escarpes de la misma con sus cuevas.
- Núcleo de Jauro y el tramo correspondiente al río Antas y sus vertientes.
- Núcleo de Los Raimundos (Antas) y Los Matreros (Bédar) y el tramo correspondiente al río Antas y sus vertientes.
- Conjuntos mineros de Los Lobos y Las Herrerías y sus entornos.

Ámbitos y líneas estratégicas de intervención

- a. Las áreas urbanas de fuerte dinamismo, tanto las asentadas hacia el interior como las ubicadas en primera línea de costa, presentan una problemática que,

más allá de distorsionar su papel articulador del territorio, tiene implicaciones paisajísticas de primer orden. Los conflictos principales se pueden resumir de la siguiente manera:

- Existe una considerable desestructuración territorial en los sectores edificados de gran crecimiento moderno, especialmente en los ámbitos de mayor promoción turística de la costa y en las periferias industriales y/o comerciales de Cuevas del Almanzora y Huércal Overa. Como resultado, la dotación de servicios, equipamientos e infraestructuras es en muchos casos insuficiente.
 - Hay notables procesos de cambio en la funcionalidad de los usos del suelo urbano efectuados sin control y al margen de los planeamientos municipales y autonómicos de ordenación del territorio, lo que favorece en la mayor parte de los casos el crecimiento descontrolado de la trama urbana a costa de espacios que desde el punto de vista funcional pertenecen a la agricultura. Este hecho es particularmente relevante, además de en las periferias urbanas, cerca de las principales vías de comunicación.
 - Es necesario corregir o minimizar las consecuencias derivadas de la falta de ordenación territorial en los ensanches de pueblos y ciudades, especialmente allí donde han proliferado hoteles, urbanizaciones, segundas residencias, etc., cuyo crecimiento, en muchos casos exagerado, conforma un entorno urbanístico caótico en donde la calidad de vida de sus habitantes se degrada paulatinamente. Especialmente relevante resulta la intervención en las zonas de costa donde el sistema marino se pueda ver dañado –de múltiples formas– o en los entornos naturales de mayor valor ecológico.
 - La masificación urbana desordenada y poco planificada conlleva otra serie de conflictos relacionados con la degradación de la base físico-natural que es sostén del territorio. La fuerte demanda de agua y suelo, principalmente, favorece una alteración ambiental en muchos casos insostenible y difícilmente recuperable (degradante de ríos, ramblas, costas, acuíferos, islas de vegetación, arenales costeros, geoformas semiáridas, etc.). Estas circunstancias, en conjunto, contribuyen a la pérdida de valor de la ya de por sí alterada identidad y calidad paisajística de los entornos urbanos.
- b. Los espacios agrícolas intensivos presentan una problemática derivada de su propio carácter y del medio físico donde se sitúan, especialmente en lo concerniente al aprovechamiento de los recursos naturales –suelos y aguas– y al desarrollo de prácticas medioambientalmente insostenibles con estos sistemas (como es la sobreexplotación de los pequeños acuíferos detríticos que se desarrollan en la base de Sierra Cabrera). La proliferación local en época reciente de invernaderos conlleva otros conflictos relacionados con la alteración escénica de paisajes tradicionales y con el deficiente tratamiento de los residuos plásticos; además, parte de este crecimiento de tierras plastificadas se relaciona con cambios de usos del suelo efectuados al margen de la legislación correspondiente. Otro conflicto histórico a considerar es el cambio de las estructuras agrarias o rurales tradicionales asociado a fases de esplendor y decadencia de la actividad, aspecto que ha de tenerse en cuenta en los planes territoriales con incidencia agraria para la adaptación futura a este tipo de procesos que inciden decisivamente en la socioeconomía de un territorio y, en consecuencia, en su configuración paisajística. Además, las estrechas relaciones existentes entre agricultura, ganadería y pesca con la industria de transformación y el sistema logístico y distributivo requieren la adopción de una nueva visión más global que incluya todo el sistema agroalimentario en su conjunto.
 - c. Los paisajes naturales, en muchos casos sometidos a una fuerte presión por su desarrollo inmediato a zonas urbanas o espacios agrícolas intensivos, resultan los entornos de mayor fragilidad por sus propias características naturales y su

elevada degradación secular, siendo necesario implementar una serie de medidas para su gestión territorial y conservación paisajística relacionadas con:

- La lucha contra la erosión de origen antrópico mediante la repoblación de especies herbáceas y arbustivas autóctonas, especialmente allí donde se detecte pérdida actual de suelo (campos agrícolas abandonados, roturaciones incultas, canteras abandonadas, zonas quemadas).
- El incremento en los medios de prevención, vigilancia y lucha contra los recurrentes incendios forestales.
- La protección de los ecosistemas y hábitats más amenazados pero también de las distintas geoformas relacionadas con los sistemas morfogénicos semiáridos predominantes en la actualidad y de determinados enclaves etnográficos de elevado valor y/o fragilidad.
- Por último, la minimización de la huella en las teselas de paisaje natural derivada de la proliferación incontrolada y desordenada de invernaderos y de otros procesos antrópicos, especialmente en los espacios periurbanos.

Referencias

- ACOSTA BONO, G. (1999), Ordenación del litoral y política territorial en Andalucía. En A. Vicián Martínez-Lage (Coor.), *Actas de las Jornadas sobre el litoral de Almería: caracterización, ordenación y gestión de un espacio geográfico*, pp. 111-125. Almería.
- ARIAS ABELLÁN, J. y FOURNEAU, F. (Eds.) (1998), *El Paisaje Mediterráneo*. Monográficas Tierras del Sur, Universidad de Granada – Junta de Andalucía. Granada.
- BLON, J. y ROBLEDO CAMACHO, A. (2012), *Proyecto singular. Difusión de buenas prácticas al sector agrícola. Anejo 10.2.I: Diagnóstico del sector agrícola en la zona del litoral del Levante Almeriense*. CAMP - Levante de Almería. Almería.
- CAMALICH, M.D., MARTÍN-SOCAS, D., GONZÁLEZ, P. GOÑI, A. y RODRÍGUEZ Á. (2004), The Neolithic in Almería: the valley of the Almanzora river and Vera basin. *Documenta Praehistorica*, XXXI, pp. 183-197.
- CAMALICH, M. D. y MARTÍN-SOCAS, D. (1998), *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la antigüedad, un modelo: la depresión de Vera y Cuenca del río Almanzora*. Junta de Andalucía.
- CANO GARCÍA, A. (2004), El litoral almeriense. Notas acerca de geología, paleoclima, paleontología y prehistoria comparada. *Paralelo 37º*, 19, pp. 59-90.
- CARA BARRIONUEVO, L. y RODRÍGUEZ LÓPEZ, J.M. (1986), Notas para el estudio de la minería almeriense anterior al s. XIX. *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, 6, pp.11-24.
- CARMONA PORTILLO, A. (1999), *Historia de Andalucía*. Sarria. Málaga.
- CHÁVEZ ÁLVAREZ, M.E. (2000), *Análisis del territorio durante la ocupación protohistórica y romana en la depresión de Vera y Valle del río Almanzora, Almería*. Universidad de la Laguna. Tenerife.
- CONSEJERÍA DE AGRICULTURA, PESCA Y MEDIO AMBIENTE DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA (2013), *Plan de Protección del Corredor Litoral de Andalucía*. Sevilla.
- CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA (2010), *Adecuación del Plan Forestal Andaluz. Horizonte 2015*.
- CONSEJERÍA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA (2006), *Plan de Ordenación del Territorio de Andalucía: Decreto 206/2006, de 28 de noviembre de 2006. 2*
- CONSEJERÍA DE VIVIENDA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA (2009), *Atlas de la Historia del Territorio de Andalucía*, Instituto de Cartografía de Andalucía, Junta de Andalucía, Sevilla.
- CONSEJERÍA DE VIVIENDA Y ORDENACIÓN DEL TERRITORIO DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA (2009), *Plan de Ordenación del Territorio del Levante Almeriense*. Sevilla.
- DIÉZ DE REVENGA TORRES, P. y PUCHE LORENZO, M. A. (2008), *Viaje metalúrgico por el litoral del mediterráneo*. Anexos de Revista de Lexicografía, 10. La Coruña.
- FERNÁNDEZ CACHO, S., FERNÁNDEZ SALINAS, V., HERNÁNDEZ LEON, E., LÓPEZ MARTÍN, E., QUINTERO MORON, V., RODRIGO CAMARA, J.M. y ZARZA BALLUGERA, D. (2008), Caracterización Patrimonial del Mapa de Paisajes de Andalucía, *Ph. Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 66, pp. 16-31.
- FERNÁNDEZ TABALES, A. y MENDOZA BONET, A. (2007), La actividad turística en el territorio andaluz. Establecimiento de indicadores, distribución y evolución de los mismos. *Boletín de la A.G.E.*, 44, pp. 117-146.
- FERNÁNDEZ VIAL, I. (1999), *Historia marítima de Andalucía*. Algazara. Málaga.
- FERRE BUENO, E. (1979), *El valle del Almanzora. Estudio geográfico*. Diputación Provincial de Almería. Almería.
- FOURNEAU, F. (2011), ¿El litoral en peligro? De la ordenación «glotona» al desarrollo sostenible: el caso del turismo litoral en Francia y Andalucía. *Cuadernos de Turismo*, 27, pp. 973-1.000.
- GARCÍA ASENCIA, E. (1910), *Historia de la villa de Huércal-Overa y su comarca: precedida de un estudio físico-geológico de la cuenca del río de Almanzora y terminando con la descripción política actual*. Murcia.
- GARCÍA LORCA, A. (Dir.) (2009), *Atlas geográfico de Almería. El medio. La sociedad. Las actividades*. Instituto de Estudios Almerienses.
- GARRIDO GONZÁLEZ, L. (2001), *Historia de la minería andaluza*. Sarria. Málaga.
- HARO NAVARRO, M. (2004), El poblamiento durante la Prehistoria reciente en el Campo de Níjar (Almería). *@rqueología y Territorio*, 1, pp. 51-65.
- HENARES DÍAZ, F. (2006), Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora. *Axarquía: revista del Levante Almeriense*, 11, pp. 223-234.
- INSTITUTO ANDALUZ DEL PATRIMONIO HISTÓRICO - CONSEJERÍA DE CULTURA (2006), *Atlas del Patrimonio Inmaterial de Andalucía*. Sevilla.
- MARÍN MARÍN, A.A. (2007), La planificación territorial en el litoral almeriense. *Paralelo 37º*, 19, pp. 251-264.
- MARTÍN GARCÍA, J. (2007), Transformaciones y cambios recientes de uso del suelo en el litoral del Levante almeriense. *Paralelo 37º*, 19, pp. 123-147.
- MARTÍN GARCÍA, J. (2010), La explosión urbana del litoral: transformación de los usos del suelo en los municipios de Garrucha, Mojácar y Vera. *Desarrollo territorial. Serie Estudios y documentos - 6 - Universidad de Valencia*. Valencia.
- PARDO BARRIONUEVO, C.A. (2009), El poblamiento rural fenicio en el río Aguas (Almería). *@rqueología y Territorio*, 6, pp. 137-149.
- SÁNCHEZ PICÓN, A. (1983), *La minería del Levante Almeriense 1838-1930. Especulación, industrialización y colonización económica*. Biblioteca de temas y autores almerienses. Almería.
- VALERO, J., NERI IRANZO, P. y ALARCÓN, B. (2007), *Guía Patrimonial y Turística del Levante Almeriense*. Grupo de Desarrollo Rural del Levante Almeriense. Almería. 175 pp.
- V.V.A.A. (2000), *Plan Estratégico de la Comarca del Levante Almeriense*. Asociación para el Desarrollo de la Comarca del Levante Almeriense. Almería. 258 pp.
- ZOIDO NARANJO, F. (Dir.) (2014), Bases para la realización del Sistema Compartido de Información sobre el paisaje de Andalucía (SCIPA). Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio – Centro de Estudios Paisaje y Territorio, Junta de Andalucía. Sevilla.
- ZOIDO NARANJO, F. y CARAVACA BARROSO, I. (2005), *Segundo informe de desarrollo territorial de Andalucía*. Universidad de Sevilla. Sevilla.